

te. Finalmente, es de la misma manera que un corsier con bardas; é es del tamaño de un perrillo ó gozque de estos comunes, y no hace mal, y es cobarde, y hacen su habitacion en torrónteras, y cavando con las manos ahondan sus cuevas y madrigueras de la forma que los conejos las suelen hacer. Son excelente manjar, y tómanlos con redes, y algunos matan ballesteros, y las mas veces se toman cuando se quemán los campos para sembrar ó por renovar los herbajes para las vacas y ganados; yo los he comido algunas veces, y son mejores que cabritos en el sabor, y es manjar sano. No podría dejar de sospecharse si aqueste animal se hobiera visto donde los primeros caballos encubiertos hobieron origen, sino que de la vista de estos animales se había aprehendido la forma de las cubiertas para los caballos de armas.

CAPITULO XXIII.

Perico ligero.

Perico ligero es un animal el mas torpe que se puede ver en el mundo, y tan pesadísimo y tan espacioso en su movimiento, que para andar el espacio que tomarán cincuenta pasos, ha menester un dia entero. Los primeros cristianos que este animal vieron, acordándose que en España suelen llamar al negro Juan Blanco porque se entienda al revés, así como toparon este animal le pusieron el nombre al revés de su ser, pues seyendo espaciosísimo, le llamaron ligero. Este es un animal de los extraños, y que es mucho de ver en Tierra-Firme, por la desconformidad que tiene con todos los otros animales. Será tan luengo como dos palmos cuando ha crecido todo lo que ha de crecer, y muy poco mas desta mesura será si algo fuere mayor; menores muchos se hallan, porque serán nuevos; tienen de ancho poco menos que de luengo, y tienen cuatro piés, y delgados, y en cada mano y pié cuatro uñas largas como de ave, y juntas; pero ni las uñas ni manos no son de manera que se pueda sostener sobre ellas, y de esta causa, y por la delgadez de los brazos y piernas y pesadumbre del cuerpo, trae la barriga quasi arrastrando por tierra; el cuello de él es alto y derecho, y todo igual como una mano de almirez, que sea de una igualdad hasta el cabo, sin hacer en la cabeza proporción ó diferencia alguna fuera del pescuezo; y al cabo de aquel cuello tiene una cara quasi redonda, semejante mucho á la de la lechuza, y el pelo propio hace un perfil de sí mismo como rostro en círculo, poco mas prolongado que ancho, y los ojos son pequeños y redondos y la nariz como de un monico, y la boca muy chiquita, y mueve aquel su pescuezo á una parte y á otra, como atontado, y su intención ó lo que parece que mas procura y apetece es asirse de árbol ó de cosa por donde se pueda subir en alto; y así, las mas veces que los hallan á estos animales, los toman en los árboles, por los cuales, trepando muy espaciosamente, se andan colgando y asiendo con aquellas luengas uñas. El pelo de él es entre pardo y blanco, quasi de la propia color y pelo del tejón, y no tiene cola. Su voz es muy diferente de todas las de todos los animales del mundo, porque de noche solamente suena, y toda ella en continuado canto, de rato en rato, cantando seis puntos, uno mas alto que

otro, siempre bajando, así que el mas alto punto es el primero, y de aquel baja disminuyendo la voz, ó menos sonando, como quien dijese, *la, sol, fa, mi, re, ut*; así este animal dice, *ah, ah, ah, ah, ah, ah*. Sin dubda me parece que así como dije en el capítulo de los encubiertos, que semejantes animales pudieran ser el origen ó aviso para hacer las cubiertas á los caballos, así oyendo á aqueste animal el primero inventor de la música, pudiera mejor fundarse para le dar principio, que por causa del mundo; porque el dicho perico ligero nos enseña por sus seis puntos lo mismo que por *la, sol, fa, mi, re, ut* se puede entender.

Tornando á la historia, digo que después que este animal ha cantado, desde á muy poco de intervalo ó espacio torna á cantar lo mismo. Esto hace de noche, y jamás se oye cantar de dia; y así por esto como porque es de poca vista, me parece que es animal noturno y amigo de escuridad ó tinieblas. Algunas veces que los cristianos toman este animal y lo traen á casa, se anda por ahí de su espacio, y por amenaza ó golpe ó aguijon no se mueve con mas presteza de lo que sin fatigarle él acostumbra moverse; y si topa árbol, luego se va á él y se sube á la cumbre mas alta de las ramas, y se está en el árbol ocho y diez y veinte dias, y no se puede saber ni entender lo que come; yo le he tenido en mi casa, y lo que supe comprender de este animal, es que se debe mantener del aire; y de esta opinionia hallé muchos en aquella tierra, porque nunca se le vido comer cosa alguna, sino volver continuamente la cabeza ó boca hácia la parte que el viento viene, mas á menudo que á otra parte alguna, por donde se conoce que el aire le es muy grato. No muerde, ni puede, según tiene pequeñísima la boca, ni es ponzoñoso, ni he visto hasta agora animal tan feo ni que parezca ser mas inútil que aqueste.

CAPITULO XXIV.

Zorrillos.

Hay unos animales pequeños como chiquitos gozques pardos, y el hocico y los medios brazos y piernas negros, y quasi del talle y manera de zorrillos de España, y no son menos maliciosos, y muerden mucho; pero tambien los hay domésticos, y son muy burlones y traviesos, quasi como los monicos, y su principal manjar, y de que con mejor voluntad comen, son cangrejos, de los cuales se cree que principalmente se deben sostener estos animales; yo he tenido uno de ellos, que una carabela mia me trujo de la costa de Cartagena, que lo dieron los indios frecheros á trueco de dos anzuelos para pescar, y lo tuve mucho tiempo atado á una cadena, y son animales muy placenteros, y no tan sucios como los gatos monillos.

CAPITULO XXV.

De los gatos monillos.

En aquella tierra hay gatos de tantas maneras y diferencias, que no se podría decir en poca escritura, narrando sus diferentes formas y sus innumerables travesuras, y porque cada dia se traen á España, no me ocuparé en decir de ellos sino pocas cosas. Algunos de estos gatos son tan astutos, que muchas cosas de las

que ten hacer á los hombres, las imitan y hacen. En especial hay muchos que así como ven partir una almendra ó piñon con una piedra, lo hacen de la misma manera, y parten todos los que les dan, poniéndole una piedra donde el gato la pueda tomar. Asimismo tiran una piedra pequeña, del tamaño y peso que su fuerza basta, como la tiraria un hombre. Demás de esto, cuando los cristianos van por la tierra adentro, á entrar ó hacer guerra á alguna provincia, y pasan por algun bosque donde haya de unos gatos grandes y negros que hay en Tierra-Firme, no hacen sino romper troncos y ramas de los árboles, y arrojar sobre los cristianos, por los descalabrar, y les conviene cubrirse bien con las rodela, y ir muy sobre aviso, para que no reciban daño, y les hieran algunos compañeros. Acaesce tirarles piedras, y quedarse ellas allá en lo alto de los árboles, y tornarias los gatos á lanzar contra los cristianos; y de esta manera un gato arrojó una que le había sido tirada, y dió una pedrada á un Francisco de Villacastur, criado del gobernador Pedrarias de Avila, que le derribó cuatro ó cinco dientes de la boca; al cual yo conozco, y le vi antes de la pedrada que le dió el gato, con ellos, y después muchas veces le vi sin dientes, porque los perdió, según es dicho. E cuando algunas saetas les tiran, ó hieren á algun gato, ellos se las sacan, y algunas veces las tornan á echar abajo, y otras veces, así como se las sacan, las ponen ellos mismos de su mano allá en lo alto en las ramas de los árboles, de manera que no puedan caer abajo para que los tornen á herir con ellas, y otros las quiebran y hacen muchos pedazos. Finalmente, hay tanto que decir de sus travesuras y diferentes maneras de estos gatos, que sin verlo es dificultoso de creer. Haylos tan pequeñitos como la mano de un hombre, y menores; otros tan grandes como un mediano mastin. E entre estos dos extremos los hay de muchas maneras y de diversas colores y figuras, y muy variables, y apartados los unos de los otros.

CAPITULO XXVI.

Perros.

En Tierra-Firme, en poder de los indios caribes frecheros, hay unos perrillos pequeños, gozques, que tienen en casa, de todas las colores de pelo que en España los hay; algunos bedijudos y algunos rasos, y son mudos, porque nunca jamás ladran ni gañen, ni aullan, ni hacen señal de gritar ó gemir aunque los maten á golpes, y tienen mucho aire de lobillos, pero no lo son, sino perros naturales. E yo los he visto matar, y no quejarse ni gemir, y los he visto en el Darien, traídos de la costa de Cartagena, de tierra de caribes, por rescates, dando algun anzuelo en trueco de ellos, y jamás ladran ni hacen cosa alguna, mas que comer y beber, y son harto mas esquivos que los nuestros, excepto con los de la casa donde están, que muestran amor á los que les dan de comer, en el halagar con la cola y saltar regocijados, mostrando querer complacer á quien les da de comer y tienen por señor.

CAPITULO XXVII.

De la churcha.

La churcha es un animal pequeño, del tamaño de un

pequeño conejo, y de color leonado y el pelo muy delgado, el hocico muy agudo, y los colmillos y dientes asimismo, y la cola luenga, de la manera que la tiene el raton, y las orejas á él muy semejantes. Aquestas churchas en Tierra-Firme (como en Castilla las garduñas) se vienen de noche á las casas á comerse las gallinas, ó á lo menos á degollarlas y chuparse la sangre; y por tanto son mas dañosas, porque si matasen una, y de aquella se hartasen, menos daño harían; pero acaesce degollar quince, y veinte, y muchas mas, sino son socorridas. Pero la novedad y admiracion que se puede notar de aqueste animal es, que si al tiempo que anda en estos pasos de matar las gallinas cria sus hijos, los trae consigo metidos en el seno, de aquesta manera: por medio de la barriga, al luengo, abre un seno, que hace de su misma piel, de la manera que se haria juntando dos dobleces de una capa, haciendo una bolsa, y aquella hendidura en que el un pliegue junta con el otro, aprieta tanto, que ninguno de los hijos se le cae aunque corra; y cuando quiere, abre aquella bolsa y suelta los hijos, y andan por el suelo, ayudando á la madre á chupar la sangre de las gallinas que mata; y como siente que es sentida, y alguno socorre y va con lumbré á ver de qué causa las gallinas se escandalizan, luego en continente la dicha churcha mete en aquella bolsa ó seno los hijos, y se va si halla lugar por donde irse, y si le toman el paso, súbese á lo alto de la casa ó gallirero á se esconder; y como muchas veces la toman viva, y algunas la matan, hase visto muy bien lo que es dicho, y hallarle los hijos metidos en aquella bolsa, dentro de la cual tiene las tetas y pueden los hijos estar mamando. Yo he visto algunas de estas churchas y todo lo que es dicho, y aun me han muerto las gallinas en mi casa de la manera susodicha. Es animal esta churcha que huele mal, y el pelo y la cola y las orejas tiene como raton, pero es mayor mucho.

Pues se ha dicho de algunos animales particularmente, quiero asimismo traer á la memoria de vuestra majestad lo que se me acuerda de algunas aves que he visto y hay en aquellas partes; las cuales son muchas y de muchas maneras, y primeramente de aquellas que tienen semejanza á las de estas partes ó son como ellas, y después se proseguirá en particular lo que me ocurriere de las otras que son diferentes á aquellas de que acá tienen noticia ó se conocen.

CAPITULO XXVIII.

Aves conocidas y semejantes á las que hay en España.

Hay en las Indias águilas reales y de las negras, y aguillitas y de las rubias; hay gavilanes y alcotanes, y balcones neblies ó peregrinos, salvo que son mas negros que los de acá. Hay unos milanos que andan á comer los pollos, y tienen el plumaje y similitud de alfanques. Hay otras aves mayores que grandes girifaltes, y de muy grandes presas, y los ojos colorados en mucha manera, y la pluma muy hermosa y pintada á la manera de los azores mudados muy lindos, y andan pareados de dos en dos. Yo derribé uno una vez de un árbol muy alto, de una saetada que le dí en los pechos, y caido abajo, era quasi como una águila real, y estaba tan armado, que era cosa mucho de ver sus presas y

pico, y aun vivió todo aquel día. Yo no le supe dar el nombre, ni alguno de cuantos españoles le vieron; pero á quien esta ave mas parece, es á los azores muy grandes, y esta es muy mayor que ellos; y así, los cristianos los llaman allá azores. Hay palomas torcaces, y zoritas, y golondrinas, y codornices, y aviones, y garzas reales, y garzotas, y flamencos, salvo que lo colorado de los pechos es mas vivo y de mas lindo plumaje. Hay cuervos marinos, hay ánades, y lavancos reales, y ansares bravas, salvo que son negras, segun se dijo atrás. Todas estas aves son de paso, y no se ven en todos tiempos, sino á cierto tiempo. Hay asimismo lechuzas y gaviotas.

CAPITULO XXIX.

De otras aves diferentes de las que es dicho.

Papagayos hay muchos, y de tantas maneras y diversidades, que seria muy larga cosa decirlo, y cosa mas apropiada al pincel para darlo á entender, que no á la lengua; pero porque de todas las maneras que los hay, los traen á España, no hay para qué se pierda tiempo hablando en ellos. Pocos días antes que el Católico rey don Fernando pasase de esta vida, le truje yo á Placencia seis indios caribes de los frecheros que comen carne humana, y seis indias mozas, y muy bien dispuestos ellos y ellas, y truje la muestra del azúcar que se comenzaba á hacer en aquella sazón en la isla Española, y ciertos cañutos de cañafistola, de la primera que en aquellas partes por la industria de los cristianos se comenzó á hacer; y truje asimismo á su alteza treinta papagayos, ó mas, en que habia diez ó doce diferencias entre ellos, y los mas de ellos hablaban muy bien. Estos papagayos, aunque acá parecen torpes, son todos muy grandes voladores, y siempre andan de dos en dos pareados, macho y hembra, y son muy dañosos para el pan y cosas que se siembran para mantenimiento de los indios.

CAPITULO XXX.

Rabihorcados.

Hay unas aves grandes, y vuelan mucho, y lo mas continuamente andan muy altos, y son negros y cuasi de rapiña, y tienen muy largos y delgados vuelos, y los codos de las alas muy agudos, y la cola abierta como la del milano, y por esto le llaman rabihorcado; son mayores que los milanos, y tienen tanta seguridad en sus vuelos, que muchas veces las naos que van á aquellas partes; los ven veinte, y treinta leguas, y mas, dentro en la mar, volando muy altos.

CAPITULO XXXI.

Rabo de junco.

Unas aves hay blancas y muy grandes voladoras, y son mayores que palomas torcaces, y tienen la cola lengua y muy delgada; por lo cual se le dió el nombre que es dicho de rabo de junco, y vese muchas veces muy adentro en la mar, pero ave es de tierra.

CAPITULO XXXII.

Pájaros bobos.

Hay unas aves que llaman pájaros bobos, y son me-

nores que gavinias, y tienen los piés como los anadones, y pónanse en el agua alguna vez, y cuando las naves van á la vela cerca de las islas, á cincuenta ó cien leguas de ellas, y estas aves ven los navíos, se vienen á ellos, y cansados de volar, se sientan en las entenas y árboles ó gavias de la nao, y son tan bobos y esperan tanto, que fácilmente los toman á manos, y de esta causa los navegantes los llaman pájaros bobos: son negros, y sobre negro, tienen la cabeza y espaldas de un plumaje pardo oscuro, y no son buenos de comer, y tienen mucho bulto en la pluma, á respecto de la poca carne; pero tambien los marineros se los comen algunas veces.

CAPITULO XXXIII.

Patines.

Otros pájaros hay menores que tordos, y son muy negros, y creo que es una de las aves del mundo que mas velocidad traen en su volar, y andan á raíz del agua, por altas ó bajas que anden las ondas de la mar, y tan diestros en el subir ó bajar el vuelo en la orden que la mar anda, y pegado al agua, que no se podría creer sin verse. Estos se asientan cuando quieren en el agua, y cuasi la mayor parte de todo el camino de las Indias los vemos en el grande mar Océano, y tienen los piés como los patos ó ánades.

CAPITULO XXXIV.

Pájaros noturnos.

En Tierra-Firme hay unas aves que los cristianos llaman pájaros noturnos, que salen al tiempo que el sol se pone, cuando salen los murciélagos, y es grande la enemistad de estas aves con los dichos murciélagos, y luego andan volándolos y persiguiendo á los dichos murciélagos, golpeándolos; lo cual no se puede ver sin mucho placer de quien los mira. Hay de estas aves muchas en el Darien, y son algo mayores que vencejos, y tienen aquella manera de alas, y tanta ó mas ligereza en el volar; y por medio de cada ala, al través, tienen una banda de plumas blancas, y todo lo demás de su plumaje es pardo cuasi negro; las cuales aves toda la noche no paran, y cuando esclarece el día se tornan á esconder, y no parescen hasta que es puesto el sol, que tornan á su acostumbrada pelea, contrastando con los dichos murciélagos.

CAPITULO XXXV.

Murciélagos.

Pues en el capítulo de suso escrito se dijo de la contención de los pájaros noturnos y murciélagos, quiero concluir con los dichos murciélagos. E digo que en Tierra-Firme hay muchos de ellos, que fueron muy peligrosos á los cristianos á los principios que á aquella tierra pasaron con el adelantado Vasco Nuñez de Balboa y con el bachiller Enciso, cuando se ganó el Darien; porque, por no saberse entonces el fácil y seguro remedio que hay contra la mordedura del murciélagos, algunos cristianos murieron entonces, y otros estuvieron en peligro de morir, hasta que de los indios se supo la manera de cómo se habia de curar el que fuese picado de ellos. Estos murciélagos son ni mas ni menos que los de acá,

y acostumbran picar de noche, y comunmente por la mayor parte pican del pico de la nariz, ó de las yemas de las cabezas de los dedos de las manos ó de los piés, y sacan tanta sangre de la mordedura, que es cosa para no se poder creer sin verlo. Tienen otra propiedad, y es, que si entre cien personas pican á un hombre una noche, después la siguiente ó otra no pica el murciélagos sino al mismo que ya hobo picado, aunque esté entre muchos hombres. El remedio de esta mordedura es tomar un poco de rescoldo de la brasa, cuanto se pueda sufrir, y ponerlo en el bocado. Hay asimismo otro remedio, y es tomar agua caliente, y cuanto se pueda sufrir la calor de ella, lavar la mordedura, y luego cesa la sangre y el peligro, y se cura muy presto la llaga de la picadura, la cual es pequeña, y saca el murciélagos un bocadico redondo de la carne. A mí me han mordido, y me he curado con el agua de la manera que he dicho. Otros murciélagos hay en la isla de Sant Juan, que los comen, y están muy gordos, y en agua muy caliente se desuelan fácilmente, y quedan de la manera de los pajaritos de cañuela, y muy blancos y muy gordos y de buen sabor, segun dicen los indios, y aun algunos cristianos, que los comen tambien, en especial aquellos que son amigos de probar lo que ven hacer á otros.

CAPITULO XXXVI.

Pavos.

Hay unos pavos rubios y otros negros, y las colas tienenlas de la hechura de las pavas de España; pero en el plumaje y en el color, los unos son todos rubios, y la barriga con un poco del pecho blanco, y los otros todos negros, y así la barriga y parte del pecho blancos; y los unos y los otros tienen sobre la cabeza una hermosa cresta ó penacho, de plumas bermejas el que es bermejo, y negras el que es negro, y son de mejor comer que los de España. Estos pavos son salvajes, y algunos hay domésticos en las casas, que los toman pequeños. Los ballesteros matan muchos de ellos, porque los hay en mucha cantidad. Dicen algunos que el pavo es bermejo y la pava negra; otros son de parecer contrario, y dicen que el pavo es negro y la pava rubia; otros dicen que son de dos géneros, y que hay macho y hembra de ambas colores y de cualquiera de ellas. Si el balletero no le da en la cabeza ó en parte que caiga muerto el dicho pavo, aunque le den en una ala ó otra parte, se va por tierra á peon y corre mucho; y como es muy espesa de árboles, conviene que el balletero tenga buen perro y presto, para que el cazador no pierda su trabajo y la caza. Vale un pavo de estos un ducado, y á veces un castellano ó peso de oro, que es tanto como en España un real para lo gastar. Otros pavos mayores y mejores de sabor y mas hermosos se han hallado en la Nueva-España, de los cuales han pasado muchos á las islas y á Castilla del Oro, y se crian domésticamente en poder de los cristianos; de aquestos las hembras son feas y los machos hermosos, y muy á menudo hacen la rueda, aunque no tienen tan gran cola ni tan hermosa como los de España; pero en todo lo al de su plumaje son muy hermosos. Tienen el cuello y cabeza cubierto de una carnosidad sin pluma, la cual

á menudo mudan de diversas colores, cuando se les antoja, en especial cuando hacen la rueda la tornan muy bermeja, y cuando la dejan de hacer la vuelven como amarilla y de otras colores, y como denegrido, hácia color parda y blanca, algunas veces; y en la frente sobre el pico tiene el pavo un pezon corto, el cual cuando hace la rueda le alarga ó le cresce mas de un palmo; y de la mitad de los pechos le nasce y tiene una vedija de cerdas tan gruesa como un dedo, y aquellas cerdas ni mas ni menos que las de la cola de un caballo, muy negras, y luengas mas de un palmo. La carne de estos pavos es muy buena, y sin comparacion, mejor y mas tierna que la de los pavos de España.

CAPITULO XXXVII.

Alcatraz.

Unas aves hay en aquellas partes que llaman alcatrazes, y son muy mayores que ansarones, y la mayor parte del plumaje es pardo y algo en parte abutardado, y el pico es de dos palmos, poco mas ó menos, muy ancho cerca de la cabeza, y vase disminuyendo hasta la punta, y tiene un muy grueso y grande papo, y son cuasi de la hechura y manera de una ave que yo vi en Flándes, en la villa de Bruselas, en el palacio de vuestra majestad, que la llamaban hayna. Acuérdomo que estando un día comiendo vuestra majestad en la gran sala, le vi traer allí en su real presencia una caldera de agua con ciertos pescados vivos, y los comió así enteros; la cual ave yo tengo que debia de ser marítima, y tales tenia los piés como las aves de agua ó los ansarones suelen tenerlos, y así los tienen los alcatrazes, los cuales asimismo son aves marítimas, y tamañas, que yo vi meterle á un alcatraz un sayo entero de un hombre en el papo, en Panamá el año de 1521 años. Y porque en aquella playa y costa de Panamá pasa cierta volateria de estos alcatrazes, que es cosa de notar y mucho de ver, quiero aquí decirlo, pues que sin mí, al presente en esta corte de vuestra majestad hay personas que lo han visto muchas veces, y es esta: sabrá vuestra majestad que allí, como atrás se dijo, cresce y mengua aquella mar del Sur dos leguas y mas, de seis en seis horas, y cuando cresce, llega el agua de la mar tan junto de las casas de Panamá, como en Barcelona ó en Nápoles lo hace el mar Mediterráneo. E cuando viene la dicha creciente, viene con ella tanta sardina, que es cosa maravillosa y para no se poder creer la abundancia de ella sin lo ver; y el cacique de aquella tierra, en el tiempo que yo en ella estuve, cada un día era obligado, y le estaba mandado por el gobernador de vuestra majestad que trujese ordinariamente tres canoas ó barcas llenas de la dicha sardina, y las vaciase en la plaza, y así se hacia continuamente, y un regidor de aquella cibdad la repartia entre todos los cristianos, sin que les costase cosa alguna, y si mucha mas gente hobiera, aunque fuera cuanta al presente hay en Toledo ó mas, que de otra cosa no se hobiera de mantener, se pudiera asimismo matar cada día toda la sardina que fuera menester, y que sobrara mucha mas, y cuanta quisieran. Tornando á los alcatrazes, así como viene la marea, y sardina con ella, ellos tambien vienen con la marea, volando sobre ella, y tanta multitud de ellos, que parece

que cubren el aire, y continuamente no hacen sino caer de alto en el agua, y tomar las sardinas que pueden, y súbito tornarse á levantar volando; y comiéndose las muy presto, luego tornan á caer, y se tornan á levantar de la misma manera, sin cesar; y así, cuando la mar se retrae, se van en su seguimiento los alcatraces, continuando su pesquería, como es dicho. Juntamente andan con estas aves otras que se llaman rabihorcados, de que atrás se hizo mencion; y así como el alcatraz se levanta con la presa que hace de las sardinas, el dicho rabihorcado le da tantos golpes, y lo persigue hasta que le hace lanzar las sardinas que ha tragado; y así como la echa, antes que ellas toquen ó lleguen al agua, los rabihorcados las toman, y de esta manera es una gran deletacion verlo todos los días del mundo. Hay tantos de los dichos alcatraces, que los cristianos envían á ciertas islas y escollos que están cerca de la tierra Panamá, en barcas y canoas, por los alcatraces, cuando son nuevos que aun no pueden volar, y á palos matan cuantos quieren, hasta cargar las canoas ó barcas de ellos; y están tan gordos y bien mantenidos, que de gruesos no se pueden comer, ni los quieren sino para hacer de la grosura de ellos olio para quemar de noche en los candiles, el cual es muy bueno para esto, y de dulce lumbre y que muy de grado arde. En esta manera y para este efecto se matan tantos, que no tienen número, y siempre parece que son muchos más los que andan en la pesquería de las sardinas, como es dicho.

CAPITULO XXXVIII.

Cuervos marinos.

Atrás se dijo que hay cuervos marinos, de la misma manera que los hay acá. No torné aquí á hablar en ellos sino para decir la muchedumbre de ellos que hay en la mar del Sur, en aquella costa de Panamá, donde puede vuestra majestad creer que algunas veces vienen tantos juntos en demanda de aquestas sardinas que dije en el capítulo antes de este, que, asentados en el agua, cubren gran parte de la mar, que están las manchas de ellos tamañas, casi como esta vega, que está al pie de esta ciudad de Toledo; y estos escuadrones ó multitudes de estos cuervos, en muchas partes y muy á menudo, cada día se ven en la dicha costa del Sur, allí donde he dicho, y no parece todo aquello que toman y ocupan del agua, sino un terciopelo ó paño muy negro, sin intervalo, según están juntos estos cuervos, los unos á par de los otros, y así como los alcatraces, se van y vienen con las mareas secutando la pesquería de estas sardinas; las cuales á algunos saben bien, y á mí no, porque son tan dulces, que á tres veces que comí de ellas las aborrescí, y nunca pescado de cuantos allí ni acá he visto, yo comería de tan mala voluntad; pero otros hombres se hallan bien con ellas.

CAPITULO XXXIX.

Gallinas doradas.

De las gallinas de España hay muchas y aumentanse mucho, porque no dejan de sacar cuantos huevos pueden cubrir con las alas; las cuales han procedido de las que de acá en los principios se llevaron; pero sin estas,

hay unas gallinas bravas, que son tan grandes como pavos, y son negras, y la cabeza y parte del pescuezo algo pardo, ó no tan negro como lo demás de ellas, y aquello pardo ó menos negro no es pluma, sino el cuero. Son de muy mala carne y peor sabor, y muy golosas, y comen muchas suciedades y indios y animales muertos; pero huelen como almizcle y muy bien en tanto que están vivas, y como las matan pierden aquel olor, y á ninguna cosa son buenas, salvo sus plumas para emplamar saetas y virotes; y sufren muy gran golpe, y ha de ser muy recia la ballesta que la mate, si no le dan en la cabeza ó le quiebran alguna de las alas, y son muy importunas, y amigas de estar en el pueblo y cerca de él, por comer las inmundicias.

CAPITULO XL.

Perdices.

Perdices hay en Tierra-Firme muy buenas, y de tan buen sabor como las de España, y son tan grandes como las gallinas de Castilla, y tienen unas tellas sobre otras. Así que tienen dos pares de ellas, y tanta carne, que ha de ser muy comedor el que á una comida ó pasto de una vez la acabare. La pluma es parda, así en el pecho como en las alas y cuello, y todo lo demás de aquella misma color y plumaje que las perdices de acá tienen los hombros, y ninguna pluma tienen de otra color. Los huevos que estas perdices ponen son casi tan grandes como los grandes de estas gallinas comunes de España, y son casi redondos, y no prolongados tanto como los de las gallinas, y son azules, de la color de una muy finísima turquesa. Toman estas perdices los indios con reclamos, armándoles lazos, y yo las he tenido vivas, y las he comido algunas veces en Tierra-Firme. La manera del reclamo es, que se ase el indio de una veijia de cabellos de encima de la frente, casi de á par de la coronilla, ó mas cerca de lo alto de la cabeza, y tira y afloja, meneando la cabeza, y con la boca hace un cierto son, que es casi silbando, de la misma manera que aquellas perdices cantan; y vienen á este reclamo, y caen en los lazos que les tienen puestos de hilo de benequen, del cual hilo se dijo largamente en el capítulo diez; y así las toman, y son muy excelente manjar asadas, perdigándolas primero, y así de esta manera como cocidas ó de cualquier forma que se coman. Quieren parecer mucho en el sabor á las perdices de España, y la carne de ellas es así tiesta, y son mejores de comer el segundo día que las matan, porque estén algo manidas ó mas tiernas. Otras perdices hay menores que las susodichas, que son como estarnas ó perdices de las que acá dicen pardillas, que son asaz buenas; pero aunque en el sabor quieren parecer á las de acá, no son tales, con mucho, como las grandes; y estas pequeñas tienen la pluma asimismo pardilla, pero tiran algo á rubio aquel plumaje sobre pardillo, y tómanse mas á menudo que las grandes, y son mejores para los dolientes, porque no son tan recias de digestion.

CAPITULO XLI.

Faisanes.

Los faisanes de Tierra-Firme no tienen la pluma que

los faisanes de España, ni son tan lindos en la vista; pero son muy buenos y excelentes en el sabor, y parecen mucho en el gusto á las perdices grandes, de quien se trató en el capítulo antes de éste; el plumaje de estas aves son pardos, así como las perdices, y no tan grandes; pero son mas altos de piés, y tienen las colas luengas y anchas, y mántase de ellas muchas con las ballestas, y hacen cierto canto, á manera de silbos, muy diferente del canto de las perdices y mucho mas alto, porque de bien lejos se oyen, y esperan mucho; y así, los ballesteros los matan muy á menudo.

CAPITULO XLII.

Picudos.

Una ave hay en Tierra-Firme, que los cristianos llaman picudo, y tiene un pico muy grande, según la pequeñez del cuerpo, el cual pico pesa mucho mas que todo el cuerpo. Este pájaro no es mayor que una codorniz ó poco mas, pero el bulto es muy mayor, porque tiene mucha mas pluma que carne. Su plumaje es muy lindo y de muchas colores, y el pico es tan grande como un gemo ó mas, revuelto para abajo, y al principio, á par de la cabeza, tan ancho como tres dedos ó quasi; y la lengua que tiene es una pluma, y da grandes silbos, y hace agujeros con el pico en los árboles, por donde se mete, y cria allí dentro; y cierto es ave muy extraña y para ver, porque es muy diferente de todas cuantas aves yo he visto, así por la lengua, que, como es dicho, es una pluma, como por su vista y desproporcion del gran pico, á respeto del cuerpo. Ninguna ave hay que cuando cria esté mas segura y sin temor de los gatos, así porque ellos no pueden entrar á tomarles los huevos ó los hijos, por la manera del nido, como porque en sintiendo que hay gatos se meten en su nido, y tienen el pico hacia fuera, y dan tales picadas, que el gato ha por bien de no curar de ellos.

CAPITULO XLIII.

Del pájaro loco.

Unos pájaros hay, que los cristianos llaman locos por les dar el nombre al revés de sus efectos, como suelen nombrar otras cosas, según atrás queda dicho, porque en la verdad ninguna ave de las que en aquellas partes yo he visto muestra ser mas sabia y astuta ni de tal distinto natural para criar sus hijos sin peligro. Aquestas aves son pequeñas y quasi negras, y son poco mayores que los tordos de acá; tienen algunas plumas blancas en el cuello, y traen la diligencia de las picazas; pero muy pocas veces se posan en tierra, y hacen sus nidos en árboles desocupados ó apartados de otros, porque los gatos monillos acostumbran irse de árbol en árbol y saltar de unos á otros, y no bajar á tierra, por temor de otros animales, sino es cuando han sed, que bajan á beber, en tiempo que no puedan ser molestados. E por eso estas aves no quieren ni suelen criar sino en árbol que esté algo lejos de otros, y hacen un nido tan luengo ó mas que el brazo de un hombre, á manera de talega, y en lo bajo es ancho, y hacia arriba de donde está colgado, se va estrechando y hace un agujero por donde entran en aquella talega, no mayor de cuanto el dicho pájaro puede caber; y porque, en caso que los ga-

tos suban á los árboles donde aquestos nidos están, no les coman los hijos, tienen otra astucia grande, y es que aquellas ramas y pajas ó cosas de que hacen estos nidos son muy ásperas y espinosas, y no las puede tomar el gato en las manos sin se lastimar; y están tan entretejidos y fuertes, que ningún hombre los sabría hacer de aquella manera; y si el gato quiere meter la mano por el agujero del dicho nido para sacar los huevos ó los hijos pequeños de estas aves, no los puede alcanzar ni llegar al cabo, porque, como es dicho, son luengos mas de tres palmos ó cuatro, y no puede el brazo del gato alcanzar al suelo del nido. Hacen otra cosa, y es que en un árbol hay muchos nidos de estos. E la causa por qué hacen muchos de estos pájaros sus nidos en un mismo árbol debe ser por una de dos cosas, ó porque de su natura sean sociables y amigos de compañía de su misma ralea ó casta, como los aviones, ó porque si por caso los gatos subieren al árbol donde crian haya diversos ó muchos nidos en que se determine la ventura del que ha de ser molestado del gato, y haya mas cantidad de pájaros de los mayores de ellos que hagan la vela por todos, los cuales, en viendo los gatos, dan grandes gritos.

CAPITULO XLIV.

Picazas.

Hay en Tierra-Firme y tambien en las islas unas picazas que son menores que las de España, y tienen su diligencia y andar á saltos; pero son todas negras, y tienen los picos de la hechura que los tienen los papagayos, y asimismo negros, y las colas luengas, y son poco mayores que tordos.

CAPITULO XLV.

Pintadillos.

Unos pájaros hay que se llaman pintadillos, y son muy pequeños, como los que acá llaman pinchicos ó de siete colores, y estos pajaricos, de temor de los gatos, siempre crian sobre las riberas de los ríos ó de la mar, donde las ramas de los árboles alcancen con los nidos al agua con poco peso que encima de ellas se cargue, y hacen los dichos nidos quasi en las puntas de las diestramas, y cuando el gato va por la rama adelante ella se abaja y pende al agua, y el gato, de temor, se torna y no cura de los nidos, por temor de caer; porque de todos los animales del mundo, no obstante que ninguno le sobra en malicia, y que naturalmente la mayor parte de los animales saben nadar, estos gatos no lo saben, y muy presto se ahogan. Estos pajaricos hacen sus nidos de manera que aunque se mojen y hinchan de agua, luego se sale, y aunque los pajaricos nuevos con el nido estén debajo del agua, por pequeños que sean, no se ahogan por eso.

CAPITULO XLVI.

Ruiseñores y otros pájaros que cantan.

Hay muchos ruiseñores y otras muchas aves pequeñas, que cantan maravillosamente y con mucha melodía y diferentes maneras de cantar, y son muy diversos en colores los unos de los otros. Algunos hay que son todos amarillos, y otros que todos son colorados, de una color